

Miami Herald

Entrevista por Fabiola Santiago (Enero 1999)

¿Por qué Boston? Porque me ofrecieron trabajar aquí, porque es una ciudad que me enamoró a primera vista, y porque -de tanto que necesitaba un cambio- quería tener al menos un cambio de estaciones. Boston es una ciudad seductora de pies a cabeza, con un aire de nostalgia victoriana color sepia. Hay algo en esta ciudad que me recuerda algo, que no sé definir.

¿Como has podido lograr una prosa tan realizada en tu novela "Al otro lado"? Trabajo la palabra como en una carpintería: la corto, la lijo, la torneo, la barnizo... Pero nada de esto sirve de nada sin que medie la honestidad literaria. Trato de hacer una prosa sincera. Exploro bien adentro, intento tocar fondo y saco lo más recóndito del alma (o del "yo", o del inconsciente, si quieres).

Esta novela me ha tomado varios años. Por el camino, nacieron y murieron muchas páginas. Así suelo hacer. Escribo sin parar; luego, dejo reposar el manuscrito para que las palabras se fermenten, y después de un tiempo prudencial de añejamiento, desecho y reescribo. Sé que esto es muy común para los escritores.

¿Quiénes son tus ídolos literarios? Ídolos, ninguno. Escritores a los que admiro, muchos. Hay algunos en los que me refugio con frecuencia: J. Martí, H. Hesse, K. Hamsun, W. Faulkner, R. Tagore, M. Rodoreda, M. Ende, S. Kierkegaard, I. Calvino, V. Piñeira, Borges, Unamuno, K. Gibrán, Rilke, V. Aleixandre, Lezama, M. Yourcenar, A. Camus, R. Musil, Salinger... bueno, siempre me quedo con el autor (la palabra) en la boca...

¿Es "Al otro lado" tu primera novela? La primera que escribo, pero la segunda que publico. Antes de terminarla, en uno de esos reposos que te conté, escribí "novelita Rosa" (la "n" minúscula es intencional).

Se dice que hay un "boom" literario de escritores cubanos. ¿Qué piensas de eso? Pienso que la literatura, como la música, siempre ha sido el "pan nuestro de cada día". Ocurre que por razones que obedecen sobre todo al mercado, se le quiere dar mayor dimensión ahora. Todo lo que lleve la etiqueta "hecho en Cuba" -léase hecho en (hacia, desde, para, por, sin, sobre, tras, fuera de, frente a, con, contra) Cuba, se vende bien. Lo que parece estar en "boom" es Cuba y su triste realidad.

Se venía publicando literatura cubana, pero no con furor. De pronto, algunos editores descubrieron que Cuba era un foco de interés para los lectores de todo el mundo y empezaron a abrir las puertas que antes estuvieron casi herméticas: aceptaron obras de cubanos que vivían en la isla -cuya obra aguarda(ba) en silencio-, dieron cabida a los del exilio en Europa y Latinoamérica -cuya obra ardía por dar a conocer al mundo otra cara de la moneda, una visión diferente-, y dieron por fin cabida, aunque aún tímidamente, a los de Miami (cuya obra era vista de reojo por su intensidad y dramatismo). Hay que decir que casi toda la literatura cubana de las últimas

décadas era temida por su tono polémico y audaz. Y justamente ha sido ese tono el que parece converger en el llamado "boom" o auge. Es como si se hubiera llenado una copa, que -se publique o no- ha empezado a chorrear por todos lados.

¿Dónde y cómo escribes? ¿De pie como Hemingway? Pues no, no escribo de pie como Víctor Hugo o Hemingway. Escribo sentada... y si fuera posible, acostada. No tengo ningún lugar fijo, puesto que mi hábito de gitana me hace estar hoy aquí y mañana allá. Por ejemplo, yo empecé a escribir "Al otro lado" en Cuba, a mano, con una pluma sin repuesto y en hojas de libreta (aún guardo aquellos primeros apuntes). Luego conseguí hojas blancas (un tesoro en aquel momento) y me regalaron una máquina de escribir del año del trombón que me auxilió, la pobrecilla, hasta que expiró: la cinta rojinegra ya era casi transparente. Luego seguí en una computadora rusa -también prehistórica. El lugar donde escribía podía cambiar (porque permuté varias veces); pero el ambiente era siempre el mismo. Tenía que estar entre libros, cerca de una ventana cuyo paisaje fuera un trozo carnoso de cielo o de ramas verdes o -¡lo divino!- el mar. Mi escritorio era muy pequeño, el mismo que usó mi padre y mi abuelo cuando eran niños. Todavía lo conserva mi padre en Cuba. Es un escritorio de caoba que espero resista todas las opciones cero. Soy odiosamente organizada, así que -contrario a ese aire de desenfado y locura que suele mistificar al escritor y al acto de escribir- todos mis papeles están simétrica y calculadamente ubicados en un lugar. (En Cuba) vivía sola. Uno de los cuartos estaba lleno de libreros viejos y libros más viejos aún. En el medio yo ponía mi buró de caoba, y allí, con el olor de los libros o de las matas de mango que curiosamente y en todas las casas donde viví, se asomaban a mi ventana, me ponía a garabatear letras, y a veces, salían palabras, y otras veces, hasta frases, párrafos y páginas enteras. Cuando había apagón, prendía velas (cuando tenía). El vicio se me quedó. Ahora siempre prendo velas o incienso para escribir. Al llegar a Estados Unidos, intenté hacer lo mismo... pero nunca es lo mismo. Cuba se me había quedado atrás. Y el olor era irreproducible en otro aire, y el mar era irreplicable, y ese azul carnoso del cielo caribeño que tanto necesitaba en mi ventana, era aquí aguado. Pero quedaba yo, y conmigo a cuestas, volví a crear mi mini-mundo para escribir. Compré libreros viejos, me traje muchos libros y compré otros aquí. Puse en el medio un escritorio con ífulas de viejo, pero el olor a nuevo me rompía el olfato. Y prendí velas y prendí incienso y escuché música y acudí a todos los conjuros para no espantar a las musas. En California tenía el Pacífico. Cuando me mudé a Boston, tenía el Atlántico. Fue en Revere Beach donde terminé "Al otro lado". El cuarto daba a una gran ventana y la gran ventana daba al océano. No tenía mucho más en mi escritorio. Ahora vivo en un lugar abierto dentro de un bosque. Por todas mis ventanas veo árboles. Ahora las hojas lucen sus pudores otoñales: rojas, amarillas, anaranjadas. Tendrías que ver esto, Fabiola: es hermosísimo el otoño de Massachusetts.

Algo más. En mi escritorio lampiño y pulcro, tristemente nuevo con ífulas de viejo, en medio de libros muy queridos, de música, de incienso, de velas, tengo una nueva música, "un nuevo background": la risa o el llanto de Ares.

¡Qué cháchara te di! Bueno, saca las dos o tres palabras que necesites. Y no te preocupes si necesitas preguntarme algo más, tengas o no una entrevista entre manos. Somos paisanas, ¿no?